

EL LÍMITE DEL LÍMITE

¿Los edificios? Los edificios imitan a los humanos: los monos imitan a los humanos... y son tontos.

Johann Grünstern

Puede que el límite sea un mito

Puede que no haya límites. Puede que ni nuestra piel sea el único límite realmente pensable. Puede... infinitamente conectada con todo lo que le rodea a través de una accidentadísima geografía fractal de profundos poros y elevados pelos: "ABSOLUTA Y COMPLETA ABOLICIÓN DE LA LÍNEA FINITA (...) la acera puede subir sobre vuestra mesa y vuestra cabeza puede cruzar la calle mientras entre una cosa y otra vuestra lámpara ata su telaraña de rayos de yeso (...) y las diversas líneas de un jarrón de flores pueden perseguirse ágilmente entre las líneas del sombrero y las del cuello (...) **una nueva realidad**".¹ Todo, magma molecular, ya sin solución de continuidad (ni siquiera en el tiempo), a la vez casual y causal. ¿Dónde pues están los límites de nada? El límite... otra convención más ¡pero tan sugerente!

El mar como límite

¿Como límite de qué? No de la tierra, ni siquiera de la seca. No del asentamiento humano. Pero cuando llegamos a su orilla nos paramos, y miramos más allá (siempre más allá), o nos ponemos a recorrerla. Sólo el loco sigue caminando mar adentro sin detenerse. Sólo el que no entiende de convenciones, de límites.

"Los edificios imitan a los humanos": ahí donde la gente se apiña, todo tipo de estúpidas construcciones la siguen y se apilan igualmente. Y esto sucede sin miramientos, con especial escándalo a lo largo de todas las playas veraniegas del mundo, como si fueran el último límite al cual llegar. Luego, cuando hombres y mujeres se marchan, ahí quedan como las excrecencias irreciclables de cualquier acto incivilizado. El construir estúpido debería estar prohibido, como lo está el conducir estúpido: ambas actividades son igual de peligrosas ¡igual! Pero como de todas maneras se va a construir así, mejor nos iría si la edificación junto al mar —y por extensión, en cualquier parte— fuese temporal (de temporada), móvil, de autocaravanas o tiendas de campaña escondidas (sepultadas) bajo inmensos bosques, para no tener que soportar su vista ni esperar decenas de años a que desaparezcan.

¹ Cita de Umberto Boccioni, de su manifiesto "La escultura futurista" del 11 de abril de 1912: recogida en CIRLOT, L. (ed.), "Primeras Vanguardias Artísticas: textos y documentos", pp. 92-93, Barcelona, Labor, 1993

Lo confieso, no soy de piedra, y a veces no puedo resistirme a mis impulsos más primarios: más divertido es escribir sobre las tontas masas aborregadas, beee, beee, beee... agolpadas a lo largo de ese límite que piensan es la orilla del mar, polarizadas hacia una dirección como las aglomeraciones que en las horas punta esperan ansiosas el metro en cualquier sucio andén, pero además untadas en appestoso aceite de sardinas. Es patético. Pero es impresionante, imaginarse el gigantesco cuadro puntillista desde el cielo, definiendo una perfecta línea —virtual y viva— de kilómetros y kilómetros: más precisa en los días de peor mar, más difusa en los buenos.

Hoy, tras evolucionar hasta la disolución del arte, lo impactante aun puede vivirse ante las conformaciones inconscientes de las masas, en los movimientos de decenas de miles de espectadores en los estadios, en las arterias de una ciudad colapsadas de gritos y bocinazos hacia el centro cuando el equipo local consigue un triunfo. Ahora, en que "todo es arquitectura",² **toda arquitectura es poca** cuando se concibe a escala más o menos doméstica. Por eso ejerce tanta atracción la "Gran escala". (Aunque los proyectos para Montevideo, Sao Paulo, Río —¡y el Plan Obus!— de Le Corbusier ya tengan más de medio siglo: la "Gran escala" no nace con la "Gran muralla" china sino con los viajes en avión y con un personaje que debe cruzar "el charco" para dar unas conferencias por Sudamérica —Montevideo, Sao Paulo, Río—, viendo así las cosas desde arriba, cuando el mundo entero parece una gran maqueta. Por cierto, ¿quién nos librará de este encierro referencial en el que la arquitectura se halla sumida?).

Me fastidia. El albor del arte se halla bajo el agua, hasta unos 20 kilómetros mar adentro, perdido para siempre. Las huellas que dejó el nacimiento de la poesía humana borradas por el mismo mar que se apresura sobre la arena. ¿Qué tenemos que agradecerle? Vivir junto a él proporciona mayor confort climático y recursos, bla, bla, bla... pero el nivel de las aguas subió con el fin de la última glaciación unos 100 metros. Justo en la época en que el ser humano ahí se alojaba, pintaba y esculpía también al resguardo de cuevas naturales que podían habernos preservado lo mejor de su expresión. Todos esos vestigios han desaparecido, llevándose el misterio a su tumba, bajo el mar.

Antes... cuando el límite lo marcaba el mismo mar, en una línea fina y exacta cada vez; o salvaje, desmelenada, tras la tempestad, cuando aparecían en la playa 1000 trastos; o misteriosa, con un límite marcado por las costillas blancas de una ballena varada en la arena, espacio sacro, percepción de la arquitectura primigenia. Ahora... cuando lo sublime, casual, es sustituido por la estupidez, causal. Si las normativas están legislando (permitiendo) esto, más nos valdría que desapareciesen: ahí donde el mar no "es" del Estado, en cuanto se puede, la gente se lo hace suyo, lo edifican, viven en él, diluyen los límites. Una disolución que precisamente se enfatiza mediante la casualidad de una construcción popular no reglamentada.

Sin embargo, ahí donde las masas aun lo permiten, el niño todavía se estira al sol, sobre la húmeda arena, dejando que suaves olas lo acaricien con su frescura, aprendiendo en su mismo cuerpo la noción de límite. "El agua ha llegado hasta aquí en mi brazo". "La derecha mojada, la izquierda no". "Todo es metáfora de algo" que decía uno. Sí, el mar mismo la más grande. Pero ¿aun hay que

² HOLLEIN, H., "Alles ist Architektur", *Bau*, nº 1-2, cubierta y pp. 1-31, Viena, 1968

escribir sobre ello en un texto referido en realidad a la arquitectura? (Seguro). "Todo es arquitectura" que decía otro.³

Aquí, Barcelona (aquí, cualquier población costera), donde se ha liquidado el paisaje del mar como límite (durante milenios y milenios único competente en su creación), no hay que preocuparse por ello; sólo hay razones para el optimismo, por qué cualquier intento de erigir artificios acaba en un fracaso ineluctable; es cuestión de tiempo, y **el tiempo no tiene prisa**. El agua, la tierra, el aire y el fuego siempre acaban devorándolo todo otra vez, para hacerlo suyo de nuevo, jugando — mientras— a dejar que perviva equivocadamente en los seres humanos la efímera ilusión de que todo eso es de ellos. Hormigas... **aunque en pocas décadas hayan girado el paisaje del mar para pasar a delinearlos desde tierra.**

Barcelona, solsticio de verano de 1998

Alberto T. Estévez

³ "Prodigieuse ère d'architecture! Tout est architecture! Architecture, c'est mettre en ordre.// TAISEZ-VOUS, CORBEAUX D'ACADÉMIE// 'L'architecture va-t-elle mourir?// Taisez-vous donc, corbeaux d'Académie!": LE CORBUSIER, *La Ville Radieuse*, p. 197, París, Vincet, Freal & Cía., 1964 –1935– (aunque quizá se haya entendido lo traduzco, por qué no tiene desperdicio: "¡Prodigiosa era de la arquitectura! ¡Todo es arquitectura! Arquitectura, es poner orden.// CALLAROS, CUERVOS (BUITRES) DE ACADEMIA// '¿Acaso va a morirse la arquitectura?// ¡Callaros entonces, cuervos (buitres) de academia!")